



unánimes

Estudios bíblicos

N: Los milagros de Jesús

26.- La curación de un ciego en
Betsaida



unánimes

Estudios Bíblicos

N.26.- La curación de un ciego en Betsaida

1. El texto

Marcos 8:22-26

Vino luego a Betsaida, y le trajeron un ciego, y le rogaron que lo tocara. Entonces, tomando la mano del ciego, lo sacó fuera de la aldea; escupió en sus ojos, puso sus manos sobre él y le preguntó si veía algo. Él, mirando, dijo:

—Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan. Luego le puso otra vez las manos sobre los ojos, y le hizo que mirara; y fue restablecido, y vio de lejos y claramente a todos. Jesús lo envió a su casa, diciendo:

—No entres en la aldea, ni lo digas a nadie en la aldea.

2. Introducción

La ceguera era, y es todavía, una de las grandes desgracias en Oriente. La causa es en parte la oftalmia, que es una inflamación de las estructuras profundas del ojo, y en parte el deslumbramiento despiadado que produce el sol. Lo agravaba seriamente el hecho de que no se sabía lo suficiente de higiene y de limpieza. Era normal ver personas con los ojos legañados y llenos de moscas. Naturalmente, esto hacía que se extendiera la infección fácilmente convirtiendo a la ceguera en una verdadera plaga.

Solamente Marcos nos cuenta esta historia, los otros evangelistas no la narran. Hay en ella ciertas cosas tremendamente interesantes. De nuevo descubrimos lo maravillosamente considerado que era Jesús. Se llevó al ciego de entre la multitud y fuera del pueblo para poder estar a solas con él, ¿Por qué? Este hombre era ciego y probablemente había nacido ciego. Si hubiera recibido la vista de pronto, en medio de toda la gente, habrían invadido sus ojos inmediatamente después de abrirsele toda clase de figuras y de colores chillones que le habrían producido un estado de total aturdimiento. Jesús sabía que sería mucho mejor si se le podía llevar a un lugar en el que la sorpresa y la emoción de ver se le presentaran menos repentinamente.

Cualquier gran médico y cualquier gran maestro tiene una característica sobresaliente. Un gran médico es capaz de introducirse en lo íntimo de la mente y el corazón de su paciente; comprende sus temores y sus esperanzas; literalmente simpatiza -sufre con- él. Un gran maestro penetra en la mentalidad de su alumno. Ve sus problemas, sus dificultades, sus tropezaderos. Por eso Jesús era tan supremamente grande. Podía entrar en la mente y en el corazón de las personas a las que trataba de ayudar. Tenía el don de la consideración

porque podía pensar con los pensamientos de ellos y sentir con sus sentimientos.

Jesús usaba métodos que el paciente pudiera entender. El mundo antiguo creía en el poder sanador de la saliva. Esa creencia no es tan extraña si tenemos presente que nuestro primer instinto es meternos en la boca o chupar un corte o una quemadura para aliviar el dolor. Por supuesto, el ciego sabría eso y Jesús usó un método para curarle que él podría entender. Jesús era sabio. No empezaba con palabras y métodos que no estuvieran al alcance de la mentalidad de la gente sencilla. Les hablaba y actuaba con ellos de manera que sus mentes sencillas pudieran captar y comprender lo que les hacía. Jesús tenía una grandeza superior: la de hacerse comprender por una mente sencilla.

En una cosa es único este milagro: es el único que se puede decir que se produjo gradualmente. Por lo general, los milagros de Jesús se producían repentina y totalmente. En este milagro, se le dio la vista a un ciego por etapas. Analicemos entonces el milagro que nos ocupa.

3. El lugar, el ciego y el milagro

Vino luego a Betsaida, y le trajeron un ciego, y le rogaron que lo tocara. Entonces, tomando la mano del ciego, lo sacó fuera de la aldea; escupió en sus ojos, puso sus manos sobre él y le preguntó si veía algo.

La barca arribó a la ribera noreste del lago, cerca de la entrada del Jordán. El lugar de desembarque fue Betsaida Julia, donde había ocurrido el milagro de la alimentación de los cinco mil narrada por Lucas en el capítulo 9 de su evangelio. Marcos la llama una “aldea”. Lucas dice que era una “ciudad”. No existe nada extraño ni inquietante acerca de esta aparente discrepancia. Por largo tiempo Betsaida había sido meramente una aldea. Pero el tetrarca Felipe la agrandó y la embelleció. Entonces llegó a ser una ciudad y en honor de Julia, la hija del emperador Augusto, la llamó Betsaida Julia. Sin embargo, habiendo sido una “aldea” durante tanto tiempo, no es extraño que se le aplicase por algún tiempo más la designación de “aldea”.

Es un hecho sorprendente que entre las curaciones de ciegos descritas con algunos detalles en los Evangelios no hay dos que sean iguales. Esto muestra que, en su amor y sabiduría, el Maestro trató cada caso individualmente. Su corazón se enternecía por los necesitados no sólo de forma general, sino por cada uno en particular, de modo que su tratamiento de un caso nunca fue una mera duplicación de lo que había hecho antes. Analicemos lo que Jesús hizo de forma secuencial:

a. Jesús tomó a este hombre de la mano. No es que el individuo impedido careciera de guías. Los tenía y le habían llevado a Jesús. Pero Jesús deseaba impartir a aquel hombre

su propia atención y amor de manera personal. En consecuencia, Él mismo se constituyó en su Guía.

- b. Jesús le condujo fuera de la aldea. Los expositores están divididos sobre el tema del por qué condujo al hombre fuera de la aldea. ¿Fue porque Jesús deseaba evitar que se formara una gran multitud que fuera corriendo tras él para ser curada? ¿O fue por el bien del ciego mismo, para hacerle sentir más libre y que pudiese concentrar toda su atención en su Benefactor? Las dos razones son posibles. En concordancia con lo que se ha dicho la segunda razón nos parece mejor.
- c. Jesús escupió en los ojos del hombre. En el capítulo 7 de este mismo evangelio vemos un caso similar:

Marcos 7:31-33

Volviendo a salir de la región de Tiro, vino por Sidón al Mar de Galilea, pasando por la región de Decápolis. Le trajeron un sordo y tartamudo, y le rogaron que pusiera la mano sobre él. Entonces, apartándolo de la gente, le metió los dedos en los oídos, escupió y tocó su lengua.

En esta ocasión Jesús aplicó saliva a la lengua del hombre; en la presente, escupió en sus ojos, puesto que el problema de este hombre estaba en sus ojos. El significado otra vez es claro: “Algo se ha de hacer por tus ojos “.

- d. De manera tranquilizadora, el Maestro puso sus manos sobre aquel hombre, lo cual era una acción que a menudo era prelude de la curación y que, por tanto, fue una prometedora señal para el ciego.
- e. Jesús le preguntó si veía algo. Es evidente que el Señor deseaba que aquella persona “participara” en su propia curación, paso por paso.

4. La percepción del ciego

Él, mirando, dijo:

—Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan.

El ciego dijo “*Veo los hombres como árboles*”. Esto se refiere aquí a un discernimiento externo, algo vago. Añadió, “*pero los veo que andan*”. Percibe que ciertos objetos, que a él le parecen árboles, difieren de los árboles en un aspecto importante: “(están) andando” y, por tanto, deben ser personas. Es posible que estuviese mirando a los discípulos de Jesús. Su visión externa era todavía borrosa, pero su percepción u observación mental era correcta: esos objetos que se movían eran personas, por cierto. Lo que le hacía estar más seguro de

esto era el hecho—una alta probabilidad al menos—de que no había nacido ciego. Por tanto, sabía qué aspecto tenían las personas.

No obstante, si los hombres parecían árboles, excepto por el hecho de que los hombres se mueven y los árboles no, había algo que todavía iba mal. Como Jesús nunca deja su obra inconclusa, Él continua:

5. La continuación del milagro

Luego le puso otra vez las manos sobre los ojos, y le hizo que mirara; y fue restablecido, y vio de lejos y claramente a todos.

Esta vez el hombre, con los ojos bien abiertos, dirigió su mirada atentamente y ya no veía más a los hombres como árboles. Su visión estaba totalmente restaurada. Veía y seguía viendo los objetos lejanos como si estuviesen junto a él.

Debemos subrayar que este acto de curación no tiene ningún parecido a las curaciones lentas de hoy día que requieren varias visitas al “sanador”. En este caso, todo el proceso de curación se realizó en unos pocos momentos, con el resultado de una transformación desde la absoluta ceguera a la perfecta visión.

No se nos ha revelado la razón del por qué en este caso particular el proceso de curación ocurrió en dos etapas. ¿Fue tal vez por la especial necesidad que aquella persona tenía de comprender la inestimable naturaleza de la bendición que se le otorgaba? La razón no podía ser una falta de poder por parte de Jesús. No hay lugar a duda de que Aquel que podía levantar a los muertos instantáneamente era capaz también de impartir una recuperación inmediata a este ciego. Por alguna razón, conocida sólo por el Sanador, esta curación ocurrió en dos etapas.

6. La advertencia de Jesús

Jesús lo envió a su casa, diciendo:

—No entres en la aldea, ni lo digas a nadie en la aldea.

¿Por qué esta advertencia? Quizá por la misma razón mencionada en relación con otros milagros. La venida de Cristo no tuvo el propósito de producir emoción o despertar falsas esperanzas sobre la cercanía de una liberación política. No obstante, es posible que al enviar a este hombre directamente a su casa, Jesús tuviese en mente el bienestar del hombre, a saber, que pudiese así meditar con tranquilidad sobre la gran bendición recibida, y tuviese la oportunidad de hablar sin interferencias sobre esto con los seres queridos, para que así todos juntos pudiesen glorificar a Dios.

Claramente Jesús no andaba buscando fama de hacedor de milagros e intencionalmente no deseaba ser exaltado como Mesías libertador, antes de tiempo.

7. Conclusión

Este milagro en etapas podríamos llevarlo también al campo de la conversión de un no creyente. Aquí hay una verdad simbólica. No hay nadie que perciba toda la verdad de Dios de una vez. Uno de los peligros de cierto tipo de evangelismo es que hace suponer que cuando una persona acepta a Cristo ya es cristiana madura. Uno de los peligros de entrar en la membresía de una iglesia es que se puede pensar que cuando una persona se compromete como miembro de iglesia ha llegado al final de su carrera. Lejos de ser ese el caso, la decisión por Cristo y la incorporación como miembro de iglesia son el principio de la carrera cristiana. Son el descubrimiento de las riquezas de Cristo, que son inagotables; y si uno viviera cien años, o mil, o un millón de años, todavía tendría que seguir creciendo en la gracia y aprendiendo más y más acerca de la maravilla y la belleza infinita de Jesucristo.

Es gloriosamente cierto que una conversión repentina es una posibilidad de la gracia; pero es igualmente cierto también que nos tenemos que convertir de nuevo todos los días. Con toda la gracia y la gloria de Dios por delante, uno puede seguir aprendiendo toda la vida y necesitará de la eternidad para conocer a Jesús como el Padre le conoce a Él.

La esperanza cristiana es precisamente esa. Una vez que pasamos esta vida, estaremos cara a cara con Jesús, viviendo en gozo y aprendiendo por una eternidad a vivir en Su gloria.